



A veces tortuosa y sórdida, a veces amplia y limpia; llena de luz y de bullicio o bien oscura y silenciosa, la Ciudad Laberinto tiene mil formas, mil climas distintos y habitantes de todas las razas y condiciones. Todo en ella es reducido a sus calles, a sus plazas, basureros o jardines. En ella se encuentran todas las referencias, todos los axiomas con que interpretar el mundo; un mundo contenido en ella misma. La realidad empieza y termina en la Ciudad Laberinto. Nada hay más allá de sus arrabales. Las carreteras o caminos que se ven desde la periferia, después de enrevesados y a veces largos recorridos, vuelven a terminar en sus calles. Sus habitantes viajan continuamente, se mueven de un sitio a otro. Salen de la ciudad surcando un enjambre de caminos que de nuevo les devuelven, infaliblemente, al mismo lugar. Nadie parece darse cuenta del encierro y todos piensan que pueden ir donde quieran.

En La Ciudad Laberinto todo el mundo se cree libre, sus habitantes así lo proclaman, incluso tienen a la libertad como uno de los valores principales. Se puede hacer casi lo que se quiera, siempre dentro de la ciudad o de sus señalizadas redes, y se hace casi siempre de forma acelerada. La prisa, incluso la ansiedad, es una pasión de sus habitantes. Todos persiguen algo en aquel lugar sin salida, corriendo sin cesar como una ardilla en su jaula de tambor.

La Ciudad Laberinto se jacta de poseer un gran conocimiento acumulado a lo largo de siglos, y en parte es cierto.

Hay bibliotecas con millones de volúmenes ordenados y catalogados. Se publican cientos de miles de libros, millones de páginas se escriben a diario en periódicos y revistas. Escuelas, universidades, centros culturales, reuniones, conferencias... Las palabras, los razonamientos, los discursos, circulan en todos los sentidos formando enjambres innumerables que penetran por todos los resquicios, por las puertas mal cerradas y se acumulan en los callejones sin salida de las mentes confusas y saturadas. El conocimiento también es sobreabundante, ramificado, cerrado y laberíntico, nunca hubo ciudad que acumulara tanto y, con todo, nadie sabrá decirnos quién es sin acudir al dato de los sobrecargados registros civiles, o a un cartón con un número de ocho cifras donde se citan media docena de señas que dicen dar la identidad.

¿Cómo salir de la Ciudad Laberinto? Muy pocos de sus habitantes se hacen esta pregunta. Ni siquiera se han planteado que haya nada fuera de ella. ¿Qué realidad puede haber fuera de sus calles, de sus escaparates, de su transporte colectivo? ¿Qué se puede conocer que no esté dicho o escrito, analizado, estudiado y contrastado por los miles de expertos de la Ciudad? Sus habitantes se ajetrean seguros de que no hay dónde ir, de que la realidad termina allí donde terminan sus construcciones.

La Taberna de Zenx es un local marginal de la Ciudad Laberinto. Se encuentra situada en los suburbios del sureste de la ciudad. Como en todas las grandes ciudades, los diferentes suburbios presentan grandes contrastes. Los del norte albergan a individuos totalmente integrados en la vida de la ciudad. Directivos, gestores de las innumerables actividades o representantes de instituciones, se reparten entre las múltiples y lujosas barriadas de amplias avenidas ajardinadas. En los arrabales del sur se agolpa el deshecho, el sobrante humano, en barrios aglomerados de calles estrechas y sucias, donde las voces salen de las ventanas acompañadas de olor a guiso y fritanga. No todo el cinturón del sur es igual. La zona oeste

es una auténtica cloaca plagada de maltrechos locales con chillonas luces de neón, donde los borrachos duermen tirados en las aceras, mientras las prostitutas se venden por un gramo de heroína. El sureste es diferente, allí la marginación todavía tiene esperanza. En tiempos fue barrio de sindicalistas y luchadores políticos que se mezclaban con artistas y disconformes teóricos. Actualmente alberga a una clase escéptica que acepta algunas transacciones con los habitantes más integrados de otros distritos y que parecen estar esperando que un terremoto u otra calamidad por el estilo termine con una Ciudad de la que están hartos pero de la que no saben salir por sí mismos. Hay bastante gente independiente en estos barrios, quizás por eso sus casas aparecen dispersas, rodeadas de pequeños jardines de tastos de lata o de huertos de tres cebollas. Al extremo de esta dispersión se encuentra la Taberna de Zenx, lugar de cita de pequeños filósofos, charlatanes y practicantes de las más diversas mancias.

Uno de los clientes más antiguos de la taberna, y quizás también el que de forma más irregular y esporádica la visita, es viejo conocido de los que pertenecemos a la Escuela de Navegantes. Nosotros le llamamos el Guía porque se presta a conducir fuera de la Ciudad Laberinto a aquellos que lo desean. De este modo ha guiado gente hasta el Castillo del Acuerdo, donde es posible embarcar en alguno de los viajes que unen este lugar con otras islas, continentes y ciudades, en ruta hacia la Escuela de Navegantes.

El Guía es de estatura media, delgado, fuerte y ágil. Hay quien dice que es hijo y nieto de buhoneros, aunque nadie lo ha podido comprobar; pero es sobradamente cierto que por su sangre corre la picardía, el gusto por la aventura y el afán de chalaneo, del astuto mercachifle que hubiera podido ser poderoso comerciante si no hubiera valorado, a peso de oro, la libertad de aquel al que no ata ni la empresa en curso.

El Guía es libre de recorrer cualquier camino. Lo mismo deambula por la Ciudad Laberinto, que conoce como su pro-

pia casa, como se pierde en las comarcas más remotas, donde viven gentes que se creen los únicos habitantes de este mundo; o desaparece sin dejar rastro más allá de los desiertos y de las cordilleras soñadas por algún sabio. Así conoce de casi todo y sabe dónde encontrarlo. Además el Guía lee en el corazón del hombre, sin que eso sea especialmente importante o singular para él. Por todo ello le es tan fácil reconocer a las personas que quieren encontrar lo que buscan los navegantes.

El Guía puede asumir cualquier papel propicio para sus fines. Eso le da un tinte ciertamente enigmático que disipa de mil formas distintas, pues sabe que pocas veces le es positivo para dar confianza a sus clientes. Su capacidad de representación no tiene límites, hasta el punto de que los que mejor le conocemos no podríamos decir cómo es. Cuentan, en exagerado tono de chiste, que una vez se disfrazó de folleto y así logró convencer a un notario, su pasante y dos administrativos. Cuando oí contar, en su presencia, esta absurda historia, interrumpió mis risas diciéndome que mucha gente otorga más veracidad a la letra impresa que a lo que registran sus sentidos, así que en estos casos un papel resulta de lo más convincente.

Como ya he dicho, uno de los muchos asuntos que el Guía se trae entre manos es conducir gente desde la Taberna de Zenx hasta el Castillo del Acuerdo para ponerlos en contacto con los Navegantes. De cómo actúa el Guía es casi imposible decir nada, pues jamás repite sus gestos, pero podemos acercarnos a sus métodos siguiendo alguno de sus itinerarios desde alguna de las reseñas existentes en nuestros archivos. Para este caso utilizaremos el diario de un antiguo aspirante. En las páginas de este relato autobiográfico se desvelan mejor que a través de otro tipo de exposición, por erudita que esta sea, los mapas, lugares y recorridos utilizados para poder llegar a tomar contacto con los Navegantes.